

Cambio de roles.

Me estaba acostumbrando a ver los cambios que él sufría a medida que transcurría el tiempo, a aquella nueva vida que me había tocado. Llevaba ya seis años cuidando de mi padre enfermo de Alzheimer. Él seguía siendo mi padre, pero ejercía el papel de hijo, mientras yo seguía siendo su hija, pero mi papel aquí era el de madre.

Mi padre tenía sesenta y cinco años cuando le diagnosticaron la enfermedad y yo con treinta y uno no sabía cómo enfrentarme a aquello. Al principio con la ayuda de mi madre todo era relativamente más fácil, pero tras su fallecimiento, a mí se me vino el mundo encima.

Había oído hablar de la enfermedad miles de veces; sabía lo que le ocurría a quien la sufría y que las personas cercanas a ellos tenían que estar muy pendientes de cada movimiento que realizaban, de cada transformación que sufrieran con respecto al Alzheimer, pero jamás pensé que cambiara mi vida de la forma tan drástica como me cambió a mí.

Me encargaba absolutamente de todo, de asearle, de alimentarle, de llevarle a cada cita médica que fuera necesaria...



Ver al hombre que me había criado de aquella forma me dolía demasiado, no podía salir a la calle solo porque lo más probable es que no supiera volver a casa, no se acordaba de casi nadie de nuestra familia, decía muchas cosas sin sentido y mantenía conversaciones consigo mismo. Le llevaba a terapias para que ejercitara la mente y así la enfermedad no se desarrollara tan rápido, pero era inevitable que el proceso avanzara a una velocidad de vértigo.

Tras muchas citas con mi psicólogo y con sus médicos tomé la decisión de llevarle a una residencia especializada. Separarme de mi padre tras cuarenta años a su lado fue una de las decisiones más difíciles de mi vida, pero era lo mejor para los dos. Él recibiría los cuidados necesarios por parte de profesionales y yo podría dedicar más tiempo a mí misma, a intentar formar una familia, a estabilizarme en mi empleo etc.

Iba a la residencia prácticamente todos los días; allí veía a los familiares de los demás enfermos y charlaba con ellos. Siempre conseguíamos ayudarnos y darnos ánimos unos a otros, ya que nadie mejor para entender la enfermedad y lo que se sufre por ella.



Hablábamos con nuestros familiares sobre lo que habían hecho aquel día, a pesar de que no siempre conseguíamos una respuesta. Intentábamos hacerles recordar cosas, aunque para ellos la mayoría de los nombres y lugares ya no tuvieran ningún significado importante.

La vida para mi padre acabó relativamente pronto; en el momento en que no recordaba más que vagamente algo de su pasado, pero empezó otra repleta de nuevas ideas incoherentes para mí. Tenía que lidiar con aquello porque no me quedaba otra opción y porque seguía siendo mi padre y le quería con todo mi corazón. Al verme afectada de aquella manera por el Alzheimer decidí involucrarme de lleno en un asociación , que diera a conocer como era realmente esta enfermedad. Me centré en sus campañas y marqué, bien grande, en mi calendario el día 21 de septiembre, Día Mundial del Alzheimer.

